

#30

LA UNIVERSIDAD PÚBLICA BRITÁNICA, UN MODELO EN CRISIS

Mari Paz Balibrea

Birkbeck, University of London

<https://orcid.org/0000-0002-0629-5984>

Artículo || Invitado | Publicado: 01/2024

DOI 10.1344/452f.2024.30.15

m.balibrea@bbk.ac.uk

Texto || © Mari Paz Balibrea – Licencia: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional de Creative Commons



La universidad pública británica, un modelo en crisis

Mari Paz Balibrea
Birkbeck, University of London

Mi hijo mayor acaba de graduarse en la Universidad de Edimburgo. A pesar de ello, su promedio final no es definitivo porque le falta la nota de algunos cursos que ha seguido en su último año. Como cientos de estudiantes en su universidad, y miles a lo largo y ancho del Reino Unido, está siendo afectado por el MAB, *marking and assessment boycott* que siguen varios de sus profesores, última encarnación de la disputa que enfrenta al principal sindicato de profesorado de universidad, UCU, con la asociación que representa a las universidades, UCEA. La confrontación se remonta a 2018 en torno a las condiciones de trabajo y salario, con varios episodios de huelga que culminan ahora en el boicot a toda forma de evaluación, una acción que escala el conflicto al obstruir el principal mecanismo para obtener evidencia del progreso y calcular el resultado final de los estudios de cada alumno o alumna. La respuesta de las universidades no se ha hecho esperar, algunas han amenazado con retirar el 100% del salario a los huelguistas, y la mayoría están implementando el 50%, un porcentaje menos draconiano, pero también abusivo, dado que las tareas de evaluación no representan más del 15% de su actividad profesional para la mayoría de docentes.

Y es que no son buenos tiempos para la universidad pública británica. El Brexit ha hecho mucho daño. Primero en cuanto a número de estudiantes, pues el precio de la matrícula para los ciudadanos de la UE se ha triplicado, cuando antes pagaban como los británicos, y ya no tienen derecho a los préstamos estudiantiles accesibles a éstos. Como consecuencia, muchos han dejado de considerar estudiar en el Reino Unido como una opción viable. No menos dramática es la salida del país de los programas Horizonte, la fuente de financiación principal de investigación y desarrollo a nivel europeo de la que, para más inri, eran beneficiarias principales las universidades británicas. Las negociaciones siguen a día de hoy para conseguir una vinculación equiparable a la que proporcionaba el estatus anterior de miembro de la UE, pero los años transcurridos desde el anuncio del Brexit dejan un balance que costará revertir de desmoralización e incertidumbre ante la fuga de cerebros y de financiación para la investigación.

A pesar de su gravedad, no es el Brexit el problema principal de la educación superior británica. De mucho más calado son las consecuencias del cambio a un modelo de universidad

neoliberal al que abrió paso el gobierno laborista ya en 1998 con la introducción de tasas anuales de 1000 libras. Hoy día en Inglaterra cuestan 9250 libras, financiadas a través de un sistema de préstamos con interés a devolver después de terminados los estudios y que pueden cubrir, además de las tasas, los gastos de manutención. La subida exponencial del coste de la educación, y que éste se canalice con el dinero de quienes estudian, ha generado una relación clientelar sujeta a la lógica del mercado. La universidad se presenta como una empresa proveedora de educación y titulaciones cuya valía se mide por la capacidad que luego tengan quienes se gradúan de conseguir un buen empleo, y el estado penaliza activamente a los cursos que no pueden demostrar esta correlación. Quien estudia hace una inversión en sí mismo y es legítimo que pague para obtener los beneficios de un mejor trabajo. Ha desaparecido la visión cívica y colectiva de los años del estado de bienestar que entendía que había una buena relación calidad-precio en pagar la educación superior de futuros profesionales —médicos, maestros, abogados, arquitectos, psicólogos, científicos, músicos...— pues con su trabajo luego contribuirían al mantenimiento y mejora de la sociedad. Y no digamos la idea de una universidad no necesariamente ligada al empleo, sino también como espacio en el que aprender y cultivar el conocimiento y valores para una ciudadanía crítica, participativa y abierta al mundo.

Por otra parte, este modelo de financiación ha generado dinámicas económicas muy tóxicas. Las sucesivas subidas de las matrículas aprobadas por los diferentes gobiernos laborista y *Tory* eran presentadas en cada caso como el máximo que se autorizaba a cobrar a las universidades, aconsejando que el precio se modulara según la naturaleza del curso. La realidad de una universidad pública a la que el estado exige que se autofinancie fue muy diferente: desde que se introdujeron las tasas, todas las universidades pusieron todos sus cursos al mismo precio anual máximo autorizado. Esto ha creado diferentes distorsiones, como por ejemplo que los cursos de humanidades estén subvencionando a los de ciencia e ingeniería, mucho más costosos de mantener por los equipamientos y maquinaria que requieren. También ha fomentado un discurso de «poco valor», *low value*, asociado no solo a los cursos que no tienen una conexión directa y clara con la empleabilidad, sino también a los ofrecidos por las universidades menos prestigiosas.

Otro momento decisivo en la neoliberalización de la universidad se da con la supresión en 2015 de las cuotas estudiantiles, es decir, de los límites en el número de estudiantes que una universidad puede aceptar. Estos límites habían contribuido en el pasado a una mejor distribución de los alumnos en el territorio y en las instituciones disponibles. La liberalización provoca una competencia feroz entre universidades que ne-

cesitan, como cualquier empresa, conseguir más «clientes» para financiarse y crecer. Además, genera una dinámica de ganadores y perdedores, donde las instituciones más grandes y con más prestigio juegan con ventaja, una tendencia que, si no se corrige, en el medio plazo llevará a la quiebra de las universidades más pequeñas o especializadas.

La lucha por captar clientes no termina con el estudiante británico. Otra característica de la universidad neoliberal globalizada es la enorme y creciente importancia de los estudiantes internacionales, cuya presencia en el Reino Unido ha subido en los últimos 6 años un 43%. Hoy por hoy, contribuyen de media a una quinta parte de la financiación de las universidades, con varios ejemplos de instituciones en las que la dependencia del estudiantado internacional llega al 50%¹. Los países de origen más importantes son China, los Emiratos Árabes, Nigeria e India. La captación de este mercado se ha basado en importante medida para las universidades más ricas en la gran inversión inmobiliaria en nuevos y espectaculares edificios en sus respectivos campus, pero también en la apertura de «sucursales» en estos otros países, por supuesto con China a la cabeza. Esta tendencia a la internacionalización no está exenta de contradicciones en un país gobernado desde 2010 por un partido que ha crecido a base de explotar los instintos ultranacionalistas de la población. Por supuesto el resultado más visible de ello es el Brexit, ya mencionado, pero las políticas migratorias han creado un entorno hostil (*hostile environment*) para todo aquel que necesite entrar con un visado en el Reino Unido, y los universitarios extranjeros no se libran de estas dificultades.

Y llegamos a la neoliberalización de las relaciones laborales. Un sector en el que la estabilidad, una buena pensión y la posibilidad de desarrollar una vocación investigadora habían sido sus mayores atractivos ha visto sus condiciones de trabajo erosionarse en todos los frentes. Precarización de los nuevos contratos, pérdida de poder adquisitivo de los salarios y rebaja en las condiciones económicas de jubilación son la norma hoy en día, problemas que se unen a las largamente enquistadas discriminaciones por razón de género, raza u orientación sexual, todas ellas condiciones que afectan tanto o más al personal universitario no docente. Para el profesorado, con cargas docentes y administrativas cada vez más pesadas que no dejan tiempo para el desarrollo de la propia línea de especialización, la investigación solo puede avanzar consiguiendo una financiación externa que en realidad tiene capacidad para becar solo a una minoría. Para el resto, lo que antaño era, por contrato, parte integrante de su trabajo, se ha convertido en una actividad vocacional que solo puede desempeñar en su propio tiempo no remunerado: fines de semana y vacaciones. Y, sin embargo, se sigue exigiendo excelencia investigadora a todos por igual, y penalizando a

NOTAS CRÍTICAS

*La universidad pública
británica, un modelo en
crisis*

DOI 10.1344/452f.2024.30.15

Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
Journal of Literary Theory and Comparative Literature
Revista de Teoría de la Literatura i Literatura Comparada
Literaturaren Teoria eta Literatura Komparatuaren Aldizkaria

452F

quienes no pueden demostrarla con publicaciones. En definitiva, el personal universitario, como la fuerza de trabajo en muchos otros sectores, está pagando el precio del giro neoliberal. Las huelgas recurrentes en los últimos años a las que me refería arriba responden a esta situación. Junto al personal universitario, es también el alumnado mismo el gran perdedor de la neoliberalización de la universidad pública, obligado a asumir el coste de su educación —en forma de deuda en los menos pudientes— precisamente cuando está empeorando la capacidad de los docentes y la administración de proporcionales la mejor educación posible. Para señalar esta situación, y volviendo al ejemplo con el que he abierto este texto, se alzó en varias ceremonias de graduación de la Universidad de Edimburgo, y en otros campus del país, la voz de protesta de los estudiantes.

Finalmente, no pueden dejar de mencionarse tampoco los efectos ideológicos de una hegemonía que, desde 2010 con la subida al poder del partido conservador, no es solo neoliberal, sino también reaccionaria. Una universidad democrática y accesible a todos es un adversario natural de las posturas conservadoras, que saben que cuanto más nivel de educación tiene la población, menos vota a su partido. También molesta mucho que la universidad sea un reducto contestatario y dispuesto a revisar los discursos históricos hegemónicos heredados en los que se sostiene el poder actual. En una palabra, la universidad es escenario privilegiado de una guerra cultural que la derecha quiere ganar, aprovechando que el oponente está débil por la crisis que atraviesa el sector, invocando torticeramente las excelencias de la tradición frente a la intolerancia *woke* y la defensa de la libertad de expresión ante quienes les «cancelan».

En efecto, no son buenos tiempos para la universidad que, en muchas partes del mundo, es una frontera más que neoliberalismo y reacción de derechas luchan por abolir y someter para seguir extendiendo su hegemonía global. En el Reino Unido, la perspectiva de que las próximas elecciones generales las gane el partido laborista, que parece hoy por hoy la más probable, da algunas razones para el optimismo. Veremos.

Londres, Julio de 2023

Notas

<1> Datos tomados de Carmen Aguilar García y Sally Weale, «A fifth of university funding comes from foreign students», *The Guardian*, 15 de Julio, 2023, p. 15.